

Ochenta años después: 1914-1994

El impulso de Alfonso XIII a la España neutral en la I Guerra Mundial

Al cumplirse estos días el ochenta aniversario del pistoletazo de Sarajevo, chispa que encendió el barril de pólvora de los Balcanes y sumió a toda Europa en una larga, extenuante y sangrienta guerra, bueno será recordar el papel de España, neutral en un conflicto en cuyo estallido o preparación no había tenido arte ni parte, pero cuyas dolorosísimas consecuencias para los pueblos directamente víctimas de él no podían dejarla indiferente. A la cabeza del país, un joven Rey de tan sólo 26 años, que seguía muy de cerca la tormenta que se avecinaba, supo llenar su cometido regio y aprovechar esta posición neutral para emprender personalmente e impulsar, junto a sus ministros y a la diplomacia española, hacia una actividad constante, generosa y eficaz dentro de los límites de lo posible, para humanizar las inevitables secuelas de la guerra en la población civil de los territorios ocupados por los beligerantes, en el trato a los prisioneros —especialmente los enfermos—, en las gestiones para conseguir indultos o al menos reducciones de penas a condenados por tribunales militares, en la búsqueda del rastro de prisioneros y deportados, en facilitar la correspondencia entre familias separadas, en conseguir el regreso a sus patrias de obreros deportados forzosos, etc.

Para hacer frente al enorme flujo de correspondencia provocado por las continuas gestiones de búsqueda de paraderos, de contactos de

**NUÑO
AGUIRRE DE
CÁRCER**

«Es sintomático que la primera búsqueda resuelta con éxito obedeció a la carta dirigida a Don Alfonso XIII por una mujer de la Gironda cuyo marido cayó herido en la batalla de Charleroi, ya en agosto de 1914.»



los prisioneros con sus familias, de solicitudes de indultos de condenas a muerte o de reducciones de penas, de repatriación o internamiento de prisioneros enfermos o sometidos a largo cautiverio, etc., el joven Rey montó una Oficina especial en su propia Secretaría de Palacio para así mejor vigilar e impulsar toda esta actividad. Además, pagaba de su peculio personal los gastos de esta Oficina, en la que una cuarentena de personas; funcionarios, diplomáticos, periodistas, hasta monjas, trabajaban a las órdenes del entonces Secretario del Rey, Don Emilio de Torres. Desde allí y a través de nuestros Representantes diplomáticos de dirigía la actividad de los delegados (veintiuno para las siete regiones en que se dividió el territorio alemán), principalmente médicos y militares, encargados de visitar los campos de internamiento, las prisiones militares, los hospitales y otras instalaciones, para interesarse por los belgas, franceses o rusos cuya protección asumía generosamente España. Entre ellos se encontraban personalidades como el famoso Burgomaestre de Bruselas, Adolphe Max, los profesores Henri Pirenne y Paul Frédéricq, la princesa María de Croy; el senador antiguo gobernador de Amberes Baillet Latour y su esposa, un director general de Exteriores belga barón Capelle condenado a diez años de trabajos forzados, el heroico General Leman, defensor de Lieja, cuyo traslado a Suiza y de ahí a España consiguió personalmente el Rey. Pero no se trataba siempre de altas personalidades políticas o sociales. A título de ejemplo citaré el de 30 guardias cívicos de la pequeña población de Tongres que tras cinco meses de detención en Munster y Celle, España consiguió fueran repatriados a Bélgica. Es sintomático que la primera búsqueda resuelta con éxito obedeció a la carta dirigida a don Alfonso XIII por una mujer de la Gironda cuyo marido cayó herido en la batalla de Charleroi, ya en agosto de 1914, y del que no se tenía noticias desde entonces; el Rey contestó personalmente a la esposa dando toda la información conseguida. La noticia saltó a la prensa francesa y de ahí a la europea, provocando el lógico asombro y agradecimiento y el natural alud de cartas y escritos a Palacio, desde los más variados lugares de los países beligerantes.

Entre las iniciativas personales del rey figura la de fomentar, a través de la Conferencia de las Cruces Rojas de los Estados neutrales, la negociación de acuerdos y arreglos para la repatriación de prisioneros tuberculosos, o que hubiesen sido sometidos a un largo cautiverio de al menos 18 meses. Así se fue formando una verdadera red de acuerdos bilaterales que finalmente sirvieron para humanizar en alguna medida las consecuencias del conflicto.

En los casos más difíciles, el Rey no dudó en emplear toda su influencia personal cerca de los Emperadores, Reyes o Jefes de Estado para conseguir el resultado solicitado por familiares o

«El deseo de la gran masa de la población coincidía con la política de neutralidad establecida desde el primer momento por el gobierno presidido por Don Eduardo Dato. Estaba aún próximo el recuerdo del desastre de la guerra de Cuba.»

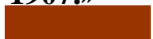


gobiernos. Ello le valió el reconocimiento internacional, expresado al término de la guerra en viajes por distintas capitales europeas donde tuvo recibimientos triunfales y emotivos por parte de la población. Las hemerotecas están allí para probarlo, como lo recogen también obras dedicadas específicamente a esta actuación real, tales como las de Víctor Espinos Moltó y de Julián Cortés-Cabanulas. Pero el tiempo pasa, la memoria histórica especialmente en España es corta y a lo largo de casi medio siglo ha habido una labor permanente de oscurecimiento de todo lo positivo que nuestro país debe a la Institución monárquica, incluso en nuestra historia contemporánea.

Uno de los más perspicaces observadores de la realidad nacional, el conde de Romanones, ha escrito que "en España... nunca la opinión se ha interesado en examinar la conveniencia de entablar vínculos con unas u otras naciones, unas veces por amor propio excesivo y otras tomando como fundamento una debilidad y pequenez que existen más en nuestro propio ánimo que en los hechos mismos y, sobre todo, que en el concepto de los ajenos". Pero por qué culpar exclusivamente a la opinión desinformada si también "ha faltado en los directores de la vida pública afición para los problemas de política exterior y deseo de conocer lo que ocurre al otro lado de nuestras fronteras "(prólogo a *"La política exterior de España. 1873-1918"* de Albert Mousset). Por aquella falta de conocimiento y esta ausencia de interés se explica que, desde la vetusta pero meritísima *"Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX"*, de Jerónimo Bécker, no haya vuelto a publicarse ninguna relación oficial de los documentos de la política exterior de España, lo que provoca el asombro de los historiadores extranjeros. La falta de una información objetiva suficiente dificultaba la formación de un criterio propio por parte de la opinión española, que fue pronto presa de la labor propagandística de uno y otro bando, dividiéndose en aliadófilos y germanófilos según la postura que hubiesen adoptado los mentores políticos o intelectuales de cada partido. Pero por encima de estas distintas inclinaciones puede decirse que el deseo de la gran masa de la población coincidía con la política de neutralidad establecida desde el primer momento por el gobierno presidido por Don Eduardo Dato. Estaba aún próximo el recuerdo del desastre de la guerra de Cuba, donde nadie nos echó una mano, ni siquiera la Corte de Viena en la que creía poder apoyarse la Reina Cristina, Archiduquesa de Austria, que acercó España a la Triple Alianza (1887-1895).

La invasión de Bélgica violando su neutralidad provocó la lógica reacción en amplísimos sectores españoles, que iban desde los católicos hasta los socialistas. Unamuno dirigía "cartas abiertas" en favor del pequeño Reino; Julián Besteiro, en escrito al Presidente del Consejo de Ministros, protestaba en nombre del

«El 7 de octubre las autoridades militares alemanas piden la cooperación española para atravesar las líneas e informar al mando militar belga del inminente bombardeo de Amberes, de acuerdo con el Convenio de La Haya de 1907.»



Comité nacional del Partido socialista español por las deportaciones colectivas de ciudadanos belgas. Se suceden las protestas oficiales españolas cuando, como era inevitable, se multiplican los incidentes contra buques mercantes españoles. A pesar de la incómoda situación en que llegó a encontrarse, el Gobierno español no rompió su línea neutral.

El recrudecimiento de la guerra submarina, con hundimiento de buques-hospitales (entre ellos el británico "Asturias" en 1917) bajo el falso pretexto de que eran utilizados también para fines militares, provocó una espiral de acciones y reacciones, amenazas y contra-amenazas: los franceses embarcarían en tales naves a oficiales alemanes convertidos en rehenes; como retorsión, los alemanes amenazaron con llevar tres prisioneros franceses a los lugares más bombardeados por cada prisionero alemán embarcado en un buque-hospital. El Rey Alfonso XIII intervino entonces con la creación de un servicio de inspección permanente de los buques-hospitales que en adelante llevarían siempre a bordo delegados-inspectores españoles. El ilustre profesor Yangüas Messía calificó esta innovadora acción real como "una prueba más de neutralidad no pasiva y egoísta sino activa, humanitaria y cristiana, que rendía igualmente un señalado servicio al Derecho internacional y al Derecho de la guerra y neutralidad".

Cuando en 1916 empezó una deportación forzosa a Alemania de obreros belgas supuestamente en paro, el Gobierno español, a petición del belga, protestó enérgicamente contra esta medida contraria al Derecho de gentes.

Ante la reiterada insistencia española se obtuvieron condiciones que aligeraban mucho el peso de esta medida drástica (que habría de tener su trágico paralelo durante la segunda guerra mundial), consiguiendo la repatriación de muchos a sus hogares en Bélgica, y a otros al menos la reunificación familiar y la libertad de correspondencia. La gestión de protesta colectiva de todas las fuerzas vivas de Bélgica llegó por la mediación de los Representantes diplomáticos españoles en Bruselas y Berlín, Villa-lobar y Polo de Bernabé, a manos del Emperador Guillermo II. igual importancia que esta acción humanitaria tuvo la actividad propiamente diplomática de la España neutral como intermediaria entre las fuerzas de ocupación y las autoridades locales sojuzgadas. Esto se vio de una manera especialmente clara en el caso de Bélgica, tanto al inicio de las hostilidades con la ocupación de Bruselas, el bombardeo y rendición de Amberes, como en los días que precedieron y siguieron a la firma del armisticio del 11 de noviembre de 1918. En la primera ocasión era una acción conjunta con los Estados Unidos, también neutrales; en la segunda, al final del conflicto, fue una actividad exclusivamente española porque Estados Unidos llevaba más de un año como beligerante en el campo aliado.

«A lo largo de los cuatro años de guerra el Rey Alfonso XIII estuvo siempre vigilante ante la posibilidad de que pudieran celebrarse con alguna posibilidad de éxito conversaciones de paz, entre todos o algunos de los contendientes.»



Asumida por España desde un primer momento la protección de los intereses belgas, en la noche del 19 al 20 de agosto de 1914 el Gobierno belga decide retirar las fuerzas militares presentes en Bruselas, que cae sin víctimas en poder de los alemanes quedando el Burgomaestre Adolphe Max como única autoridad belga. El Ministro español marqués de Villalobar gestiona y consigue una gran rebaja en las contribuciones en dinero y suministros exigidas por las autoridades de ocupación, así como el respeto de las personas, bienes y viviendas de los subditos franceses, rusos e ingleses. A fines de septiembre es detenido el Alcalde Max que pasará un calvario de 4 años en campos y cárceles alemanes, protegido por España, el 7 de octubre las autoridades militares alemanas piden la cooperación española para atravesar las líneas e informar al mando militar belga del inminente bombardeo de Amberes, de acuerdo con el Convenio de La Haya de 1907. Reticente ante tal solicitud, Villalobar acaba aceptando que el agregado naval español, Teniente Coronel Sorela, se encargue de esta muy peligrosa y difícil misión, que le valió el reconocimiento del Gobierno belga, pues permitió organizar el éxodo de la población civil de Amberes inmediatamente antes del tremendo bombardeo. La plaza se rinde finalmente el 9 de octubre, estando presente en las conversaciones, a petición insistente de los parlamentarios belgas, el Cónsul General de España en Amberes, Francisco Yebra, a quien la ciudad expresa documentalmente su gratitud por "el valor, entrega e inteligencia demostrados en tan penosa y laboriosa misión".

A lo largo de los cuatro años de guerra el Rey Alfonso XIII estuvo siempre vigilante ante la posibilidad de que pudieran celebrarse con alguna posibilidad de éxito conversaciones de paz, entre todos o algunos de los contendientes, para lo que estaba naturalmente dispuesto a ofrecer sus buenos oficios, bien solo, bien junto a otro Jefe de Estado, el Presidente de los Estados Unidos o el Papa. Ya desde noviembre de 1914 se empiezan a esparcir rumores sobre proposiciones de paz, atribuidas a Austria, Informaciones originadas en Turquía hablan en cambio de posibles proposiciones de Alemania a Francia.

Según comenta Henry Kissinger en su reciente obra "*Diplomacy*", en un principio todos los participantes pensaron que se trataría de una guerra corta, como otras anteriores en los Balcanes, por lo que habían dejado los términos y condiciones de paz a lo que se decidiera en algún tipo de congreso diplomático como los que habían solucionado similares conflictos a fines del siglo pasado. Pero a medida que la guerra de trincheras empezó a causar un tremendo número de víctimas, los objetivos primitivos: Alsacia-Lorena, la influencia en los Balcanes, la carrera naval anglo-germana, quedaban desfasados y las naciones europeas empezaron a ver en el adversario un enemigo implacable con el que no cabían

«Según comenta Henry Kissinger en su reciente obra "*Diplomacy*", en un principio todos los participantes pensaron que se trataría de una guerra corta, como otras anteriores en los Balcanes.»



componendas y se buscaba la victoria como un fin en sí misma, aunque fuese a costa de segar las vidas de una entera generación de jóvenes y de destrozarse el orden mundial hecho de equilibrio de poder que había permitido a esas naciones coexistir pacíficamente durante un siglo.

En diciembre de 1916 el Ministro alemán de Negocios Extranjeros envía unas propuestas de negociaciones de paz a través del Embajador de España en Berlín; Alfonso XIII las hace llegar a los Aliados, que acuerdan enviar una respuesta negativa idéntica para todos ellos, sin hacer caso tampoco a un llamamiento del Presidente de los Estados Unidos a los beligerantes, llamamiento que no apoyó España a la vista del escaso éxito previsible. Igual suerte corrió el mensaje del Papa Benedicto XV de 1 de agosto 1917. Por primera vez se busca en una guerra europea la rendición incondicional del enemigo pues ésta "es una guerra para poner fin a todas las guerras". Sólo habían de pasar veinte años desde el Tratado de Versalles hasta el estallido del siguiente conflicto mundial que hemos padecido en nuestro continente. Pero ésa es ya otra historia.

A partir de octubre de 1918 la situación se ha deteriorado de tal manera que se les escapa de las manos al Gobierno de Berlín. Las autoridades militares de ocupación en Bélgica piden auxilio a la Legación de España para una transmisión ordenada del poder. A primeros de noviembre llegan en tren desde Berlín treinta jefes bolcheviques, que proclaman la República y establecen un Comité de Soldados y Obreros. En la Legación de España se reúnen los concejales con elementos socialistas moderados, que obtienen que los más exaltados se separen de los bolcheviques alemanes y se constituya en el Ayuntamiento el único poder belga, de todo lo cual tiene informado Villalobar al Rey Alberto, en Gante, a través de las líneas del frente. La llegada de tropas alemanas de refresco, no bolcheviques, restablecen la situación, y el Rey Alberto el 25 de noviembre hace su entrada triunfal en Bruselas. Ha terminado la horrenda pesadilla.

Los Reyes y las Cámaras parlamentarias de ambos países intercambian mensajes de amistad y agradecimiento.

Con razón pudo decir Don Alfonso XIII, ya desde su exilio, que consideraba la neutralidad española durante la primera guerra mundial como el acontecimiento más trascendental de su reinado.